HPR/114

Morales, Andrés. *Antología personal 1982–2000*. Santiago de Chile: RIL Editores. 2000.

Etimológicamente, antología es la flor que, producto del cernido, muestra lo más perfeccionado de un trabajo intelectual. En el caso de *Antología personal 1982 – 2000* (RIL Editores, Santiago de Chile, 2000) se está frente a la selección de un proceso –el trabajo con la palabra– donde es el propio ejecutante quien elige, decide: es el artesano cerniendo su propio corpus lírico, presentando una flor enraizada e invitando al lector a recorrerla: es en este trayecto, donde el lector irá revelando, desplegando y actualizando todo un mundo plasmado subjetivamente.

El sujeto que se presenta en el texto –si es que se puede seguir hablando de un sujeto determinado por un artículo con género y número definido en estos tiempos; sobre todo si está de por medio una antología que carga 18 años de historia y si está, de por medio además, de un juego laberíntico, que no dice nada y lo dice todo a la vez; que esconde y revela, que se (con)forma de todas las gargantas (todas las plumas, todas las manos amanuensales) que alguna vez gritaron dentro del paréntesis, o en alguna parte de la huella: “Desciende el río turbio de las palabras dichas al mar que nos confunde en su belleza y ritmo”– cual espectador sentado en una butaca situada al borde de toda diacronía (“El poeta se desliza por el borde se lanza entre el fin y por la calle”) y, a su vez, actualizador de sincronías textuales (“...el estruendo de todo lo pasado en un instante”) es un antropófago de sentimientos, sensaciones e imágenes.

Es, por consiguiente la lectura –o la invitación para recorrer esta flor enraizada– el recorrido por esta huella (“...nada tiene fin ni algún comienzo”) por el acto literario espacializándose dentro de un laberinto (“*en este ir de regresar*”) que permite hacer historia y, a su vez, (de)muestra motivos regentes, recurrentes, reiterantes: sin duda desde esta perspectiva laberíntica, se actualiza el tópico de la vida como un viaje intrincado: “Así y como se escucha, reconstruir los ojos, abrir los laberintos”, por lo mismo, abrir los laberintos será abrir los espacios

HPR/115

del lenguaje: “Después vendrá el lenguaje otra vez la lepra a recorrer dolores reconocer las llagas” y, de esta forma, Parménides y a Heráclito se yuxtaponen: “...el paisaje no ha cambiado y son otras las palabras” y se conjugan: “Conjúguese el pretérito en presente”.

Percibe el lector, además, toda una tópica pesadillezca que se conjuga con uno que otro *locus amoenus* o salida ideologizante -salidas que van desde un Dios (“Libérame, mi Dios, del propio corazón”) que está del todo erosionado: un paradigma enfermo y crítico, o hacia los espacios físicos como la noche, el amor, la huida: “Mejor es alejarse, abandonar, dejar el muladar donde crecimos” o la tautologizada infancia: “Sólo una cosa y poco más: ¿Por qué los niños dulces y traviesos?...”.

Es así como en este paseo laberíntico van iconizándose y corporizándose estos motivos que, intentando organizar una taxonomía, serían la **desolación** - que se lexicaliza en versos como: “Del dolor soy ciudadano” o “Soy el nuevo ciudadano de la muerte”-; la **muerte** -cual prosopopeya, se formaliza y caracteriza: “...no se espera, se nace con sus dientes y va creciendo en cada despedida...” o bien es motivo para una salida atópica, desesperada: “Todos íbamos directo al matadero”-; el **silencio** -que se espera como un vaticinio, cual mundo degradándose: “Habrá silencio grande alguna noche un árbol de silencio y tempestad...”. O bien se (con)figura al mismo sujeto en su auto-revelarse, en su autoconocimiento, incluso, hasta en los espacios de la muerte: “... que sea sólo un gesto de silencio un leve parpadear, un sueño extraño”-; el **vacío**, la **nada** -ambos ayudan a formalizar un contexto y un sujeto crítico o el cuestionamiento de un logos, tanto en su despliegue social: “La edad de la razón estaba escrita en medio del vacío, de su reflejo”, como en su función referencial: “...en todas las vocales, consonantes, sin nada que decir, ausentes siempre”. El sujeto así vacía el contexto de toda función reveladora, anestésica: él recrudece y actualiza la crisis permanente en el espacio del laberinto logocéntrico: “Nada hasta el final, no quede nada nada después de tanto entonces, luego, quizá, ayer, hoy mismo”-; y la **crisis de cualquier tipo de trascendencia** -es la trascendencia crítica, vaciada de toda significación la que permitirá más *mapeos*, sobretodo

HPR/116

diacrónicos en la historia poética de Morales: la trascendencia se muestra degradada: es un Dios que bosteza, que abandona: “Abiertos otra vez caerán sobre sus manos los mármoles de sal, las manos de un Dios”. El sujeto así va reiterando su soledad, su abandono, tanto aquí, en lo terrenal, como el cualquier otro espacio utópico, idealizado: “El dios que me protege está cansado...el ángel protector vuela perdido”. Si bien el cuestionamiento y la necesidad de un trascendencia persisten a lo largo de toda la poesía de Morales, ésta está del todo erosionada, gastada, invalidada de cualquier función redentora y, por extensión, el ser humano se proyecta, en esta escritura, de la misma manera: “La ascensión es materia de los dioses o ángeles caídos que prosperan: nosotros nos quedamos en el puerto esperando algún navío que no vuelve”.

Es interesante confrontar el desarrollo de estos motivos; cómo desde la subjetividad de los versos de las primeras publicaciones de Morales, va desarrollándose una colectivización de éstos, hasta llegar, por ejemplo, a la enunciación vaciada de toda vinculación personal en *Escenas del derrumbe de Occidente* (RIL Editores, Santiago de Chile, 1998), espacio donde estos motivos son concretizados.

Es interesante, además, agenciar esta escritura a toda aquella experiencia crítica que la lleva al intervalo de lo que quedó dentro del paréntesis que impuso la enmascarada del tiempo y del espacio lírico. De esta forma se actualiza una visión - panóptica o reveladora- del rastro, que permite obtener vinculaciones con otras escrituras pragmáticamente crí(p)ticas -Rimbaud, Mallarmé, Trakl, Elliot- sujetos que también están dentro de este paréntesis atemporal, estático y a la vez en constante desplazamiento.

Así los motivos recurrentes van (con)figurándose de tal manera que los símbolos e íconos se resemantizan; entrar en este laberinto implica, a su vez, armar el rompecabezas semiótico con todos los enunciados expuestos. El trabajo con el amor, la muerte, el silencio, la nada, son los cimientos del laberinto, o bien la flor que queda del proceso del cernido.

Otro motivo fundamental que se despliega en esta trayectoria escritural es la reflexión en torno a la palabra misma, al verso, a la

HPR/117

función poética, donde el sujeto critica, victimiza e ironiza en forma plena: la reflexión se torna personal, íntima, (re)velándose así a un sujeto inquieto, insatisfecho, observador -es de esta manera como el sujeto va actualizándose: "...esto de mirarse es algo serio y no se ría nadie, es algo muerto", va delimitándose en soledad, va buscando una proyección: "Desde las rejas, solo se ven mejor las horas se sienten las cadenas, se buscan las salidas", o bien saca su máscara vital y se desnuda ante el sintagma poético: "Híbrido, remoto, pendenciero con aire de silueta que no cabe en fotografía alguna ni en retrato"- o bien la reflexión se pluraliza, se colectiviza, generalizando, de esta manera, la intranquilidad hacia los espacios ontológicos -a manera de sentencias: "Todo es mío, nuestro y doloroso", o a manera de desastrosas profecías: "La niña que jugaba lo adivina: No hay fin en el final, en la desgracia: El mundo nunca estuvo, nunca estuvo".

Así la escritura se transforma en el tensor existencial, en el espejo reflector del contexto -y se atraen otras escrituras, otras voces, en otros tiempos: "Alargada la firma y la escritura donde alguien en el fondo grita mirándose al espejo"- es la escritura la que absorbe e ingiere el desastre existencial -"...al tiempo reescribirlo en la derrota"-, el desequilibrio vital y la inquietud, así como en elegía y panegírico de la función escritural -la escritura desde el desastre, cual morfina, aletarga todo padecer en el contexto: "La mano no descansa: vicio en la virtud del vicio que se escribe, solo él, lleno él, secreto siempre (ajado)".

Así es este trayecto del logos-diacrónico, donde estos motivos se desarrollan, concretizan, (retro)alimentan. Es la acción del artesano ante su producto, poniendo de nuevo al desnudo íconos, personificaciones, modelos, muchos de ellos guardados, (sobre)determinados por el espacio de muchos años y ahora, de nuevo a flote en el texto, en la antología, en la lectura.

Soledad Chávez Fajardo